

LOS DOSCIENTOS CINCO MARTIRES.

CAPITULO I.

Persecuciones contra la religion cristiana en el Japon; atrocidad de los tormentos, y gran número de mártires.

La Iglesia del Japon, aunque de fundacion reciente, ha sido una de las mas illustres por los ejemplos que nos ha dado de su inquebrantable constancia en la fé. El Apóstol San Francisco Javier, fué el primero que en 1549, llevó la luz del Evangelio á ese tan apartado imperio. Durante veintisiete meses recorrió las ciudades principales, penetró hasta Méaco su capital, y al través de mil peligros y con fatigas inauditas, logró convertir á la religion cristiana un gran número de prosélitos, cuyo cuidado confió al celo de sus sucesores. Bajo el reinado de Nobunanga, y en los cinco primeros años del de Taicosama, tuvo tal incremento el cristianismo, que el número de los fieles diseminados en los diversos reinos de estas islas, ascendió á doscientos mil. Empero Taicosama abrió la era de las persecuciones en 1596. En esta primera persecucion general obtuvieron la palma del martirio veintiseis cristianos que murieron crucificados en Nangasaki, el 5 de Febrero del año 1597. (*) Su muerte fué seguida de algun reposo, de suerte

(*) Entre esos mártires figura en primer término el glorioso mexicano San Felipe de Jesus, canonizado por el Sr. Pio IX el dia 8 de Junio de 1862. N. d. T.

que, segun las relaciones de los misioneros de la Compañia de Jesus, en los ocho años siguientes, se convirtieron y fueron bautizados hasta doscientos cuatro mil infieles.

Despues de la muerte de Taicosama, Daifusama, tutor de Findeiori, heredero legitimo de la corona, se apoderó del poder, y con el terror de sus armas avasalló á todos los principes del Japon. Este emperador no se manifestó de luego á luego enemigo de los cristianos, y hasta parecia que les era favorable; pero desde que se vió solidamente sentado sobre el trono, se declaró abiertamente su perseguidor. En el año de 1614, despues de haber arrojado de su corte, y despojado de sus bienes á los principes y señores cristianos, publicó un edicto en todo el Japon, segun el cual, inmediatamente debian ser arrasadas las Iglesias, las casas religiosas, los hospitales y otros lugares semejantes; debian ser quemadas las Cruces, las imágenes de los santos, y todos los libros que tratasen de religion. Los ministros del Evangelio eran obligados á salir del país en un término dado; y todos los que profesasen la ley de Jesucristo debian abandonarla, y profesar de nuevo el culto de los dioses del imperio. El que resistiese ó fuese contumaz seria condenado irremisiblemente á perder sus bienes y la vida; su casa seria arrasada y destruida su familia. La misma pena se hacia estensiva á todo el que diese asilo á los sacerdotes y á los cristianos, y aun á los que teniendo conocimiento del hecho no le denunciassen. Xongun, su hijo, y Toxongun, su nieto, que uno despues de otro le sucedieron, confirmaron estas leyes, y aun añadieron algunas todavia mas crueles.

Esta persecucion duró mas de treinta años, y terminó por arruinar casi enteramente esta floreciente

cristiandad. A medida que los tiranos inventaban los suplicios mas bárbaros, los fieles manifestaban un mas grande valor para soportarlos. Fué cosa muy comun aplastar al mártir á golpes dados con una maza, cortarle las carnes con un hierro ardiendo, suspenderle de una cruz, y hundirle media cabeza. Los verdugos añadian á esto unos increíbles refinamientos de barbarie: arrancaban al paciente con unas tenazas la piel, los miembros, los músculos y los nervios; les cortaban las carnes en muy pequeños fragmentos, con cuchillos sin afilar; hundian desnudos á unos en agua helada hasta que perdian el calor vital, quemaban á otros á fuego lento por espacio de dos ó tres horas; á estos se les colgaba de los piés durante muchos dias, teniendo la cabeza hundida en una fosa infecta; y á aquellos se les sumergia poco á poco en aguas sulfurosas é hirvientes que corrompian la carne, la llenaban de gusanos, y vivos aun, les convertian en cadáveres.

Pero, á pesar de estos horribles tormentos, los cristianos ofrecian el maravilloso espectáculo de un valor superior á toda prueba. Se les veia prepararse al martirio, considerándose felices si llegaban á sacrificar su vida por la ley de Jesucristo. Y no solamente las clases inferiores y los hombres robustos ó valerosos daban estos ejemplos de intrepidez; tambien los dieron hombres nobles que pertenecian á familias reales, y que habian sido educados en medio de las comodidades y las delicias de la vida; mujeres de avanzada edad, jóvenes delicadas, y hasta los mismos niños.

A la cabeza de esta noble carrera marchaban los ministros de Dios, los predicadores del Evangelio que de Italia, España, Portugal y México habian ido al Japon para ganar almas á Jesucristo, y procurarse

despues de infinitas fatigas, un tan doloroso martirio. Estos apóstoles pertenecian á las órdenes religiosas de Santo Domingo, de San Francisco, de San Agustín y de la Compañía de Jesus; y entre ellos habia muchos que eran singularmente recomendables por la nobleza de su sangre, por su eminente saber, y sobre todo, por el heroismo de sus virtudes, y por los penosos trabajos de su apostolado. Ademas, todos, tanto los religiosos como los laicos, lo mismo los japoneses que los extranjeros, los cristianos, en fin, mas ó menos antiguos, lejos de espantarse á vista de los tormentos, corrían digámoslo así como á encontrarlos. Se les veía que con apresuramiento se hacían inscribir en el número de los condenados á muerte, y entonces seguros de morir por Jesucristo, se adornaban con sus mejores vestidos, comparecían ante los jueces con alegría é intrepidez, les respondían con santo atrevimiento, daban las gracias á sus verdugos, y desde lo alto de la cruz, predicaban y cantaban alabanzas á Dios en medio de las llamas. Se vieron hasta las mismas madres ofrecer á sus hijos á la muerte, y luego pedir para ellas los mas grandes suplicios.

Estas admirables maravillas han sido milagros evidentes de la gracia divina, semejantes á los que Dios obró en los mártires de la primitiva Iglesia en confirmacion de nuestra fé. Por lo mismo los escritores de la historia eclesiástica y los apologistas de la religion, no vacilarán en presentar, como prueba de la divinidad del catolicismo, la constancia de los mártires del Japon.

La persecucion hizo muchos millares de mártires de uno y otro sexo; pero no ha sido posible recoger sobre todos las informaciones jurídicas. Y como los procesos verbales tuvieron que hacerse fuera del Ja-

pon, en Manila capital de las Filipinas, en Macao ciudad de China, y en Madrid corte de España, solo pudieron recibirse las deposiciones de los Japoneses desterrados, y de los comerciantes portugueses y españoles. Por otra parte, ellos no habian podido ser testigos oculares, ó al menos estar instruidos con ciencia cierta de la muerte de todas estas heroicas víctimas de la fé. Sin embargo, sus deposiciones comprendían á mas de doscientos mártires; y ha sido una particular providencia de Dios, que pudiesen reunirse fuera del Japon, mas de ochenta testimonios dados, tanto por testigos oculares, como auriculares, que se habian procurado, mientras estuvieron en el Japon, unas relaciones exactas de estas muertes gloriosas. De estos testimonios contenidos en los procesos verbales; de las relaciones auténticas enviadas á Europa desde aquella época, por los obispos del Japon ó los administradores de este obispado; de las historias contemporáneas, y especialmente del Padre Daniel Bartoli, es de donde extractaremos, ora palabra por palabra, ora en compendio, las relaciones separadas de los martirios que nos limitamos á publicar para la edificacion de los fieles. Fácil cosa seria estenderse sobre la vida, las virtudes y las fatigas de un gran número de estos bienaventurados mártires, sobre todo de los que fueron sacerdotes; pero preferimos ser cortos. Mas si se desea saber mayores pormenores, puede satisfacerse este deseo consultando las voluminosas historias que han escrito Daniel Bartoli, Juan Crasset, Melchor Manzano, Tiburcio Navarro, Francisco Macedo, Jacobo Aduarte y otros autores.

Vivimos en unos tiempos bien calamitosos para la Iglesia de Jesucristo. La persecucion suscitada por sus enemigos, ¿no es, bajo mas de un respecto com-

parable á la de Daifusama y otros emperadores del Japon? ¿No vemos á los impíos combatir de todas maneras á la Iglesia católica y á su fé? Pero no lo dudemos, la fuerza del ejemplo, y la proteccion eficaz de nuestros mártires servirán á un gran número de cristianos, para mantenerse en guarda contra las emboscadas del impío, y permanecer fieles en la práctica de esta religion, única que nos conduce á la salud eterna.

CAPITULO II.

Martirio del bienaventurado Pedro de la Asuncion, sacerdote de la orden de San Francisco, y del bienaventurado Juan Bautista Machado de Tavora, sacerdote de la Compañía de Jesus, en 22 de Mayo de 1617.

El martirio de estos dos bienaventurados tuvo lugar el 22 de Mayo de 1617. Estaban en Nangasaki, cuando por escapar de D. Miguel, apóstata príncipe de Omura, que hacia buscar por todas partes á los ministros del Evangelio para condenarles á muerte, tuvieron que salir de la ciudad. El primero fué á ocultarse á los campos inmediatos, y el otro se fué á las islas de Goto, que hacia tiempo estaban confiadas á su ministerio. Apenas el Padre Pedro llegó á Kikitsu, lugar pequeño del Isafai, cuando cayó en manos de un espía, que simulaba buscar un sacerdote que asistiese á un apóstata arrepentido. El buen Padre, sin sospechar cosa alguna, se dió á conocer; los guardias que estaban sobre las armas le prendieron al momento, le condujeron á Omura, y de allí á una de las prisiones de Cori.

El Padre Juan Bautista despues de haber escapado

de un naufragio, llegó el 21 de Abril á una de las islas de Goto. Al dia siguiente, despues de haber celebrado el Santo Sacrificio, se puso á oír las confesiones, cuando un cristiano conocido suyo, engañado por traidores de quienes no desconfiaba, vino á preguntarle si podia descubrirlo á esos hombres, que segun decian buscaban un confesor que reconciliase á un cristiano moribundo. El santo religioso, ofreciendo interiormente á Dios el sacrificio de su vida, respondió: "Sí, decidles que soy sacerdote; esto puede ser traicion, pero no importa; sacrifiquemos "nuestra vida antes que faltar á nuestros deberes." Al momento uno de aquellos miserables entra en la casa, observa atentamente al misionero, y corre á denunciarle ante el gobernador. Este poco despues, le sorprende en el acto en que absolvía á un penitente, y le prende como prisionero del príncipe de Omura, por haber permanecido en el Japon para predicar la ley cristiana, contra las órdenes del emperador.

Los sátelites se apoderaron de él, y de su catequista Leon Tanaca, les embarcaron en un barco pequeño, se dirigieron á Cori, donde llegaron despues de tres dias de navegacion, y condujeron á sus cautivos á la misma cárcel en que ya estaba preso el Padre Pedro de la Asuncion. Como entrasen de noche y con gran ruido de soldados y armas, el Padre Pedro creyó que iban á conducirlo al suplicio, por lo que se hincó para ofrecer á Dios el sacrificio de su vida; pero luego que vió entrar al Padre Juan Bautista, su amigo, se levantó: los dos confesores de la fé se abrazaron con ternura, y por respeto quisieron besarse mutuamente los piés. La vida que llevaron estos dos santos religiosos desde el 29 de Abril hasta el 22 de Mayo, dia en que recibieron la corona del martirio,

fué una continua preparacion para la muerte: su penitencia era rigorosa, sus oraciones prolongadas, y sus conversaciones de Dios y del martirio. Celebraron el santo sacrificio en su prision, desde la fiesta de Pentecostés hasta el lunes siguiente á la Santísima Trinidad, en que Dios separadamente les hizo conocer que seria la última vez que celebrasen: y en efecto, pocas horas despues, dos jueces, el uno de Nangasaki y el otro de Omura, vinieron á anunciarles que á la entrada de la noche serian ejecutados. Esta noticia llenó á los Padres de alegría. “Esta gracia, dijo el Padre Pedro, es la que yo he pedido á Dios en la Santa Misa en estos nueve dias.” “Y yo, respondió el Padre Juan Bautista, en mi vida he tenido tres dias que me son singularmente gratos: el primero cuando entré en la Compañia de Jesus; el segundo cuando fui preso en Goto; y el tercero este en que soy condenado á muerte.” El resto del dia le consagraron á los ejercicios de la oracion y de la caridad; dirigieron elocuentes exhortaciones á los cristianos, que al saber la sentencia fueron á visitarles, y escribieron algunas cartas llenas de fervor. En seguida se confesaron uno al otro, tomaron disciplina, y luego reunidos cantaron los salmos y oraciones.

Venida la noche, los ministros de justicia dieron órden de que se les preparase una cena, pero la rehusaron los mártires. De nuevo se confesaron, rezaron las letanias, y avanzaron en medio de las guardias al lugar del suplicio, situado á milla y media de la prision. Llevaban en las manos un crucifijo, y exhortaban á los cristianos que se apiñaban á su paso á permanecer firmes en la confesion de la fé. Llegados al lugar del suplicio oraron en silencio por algun tiempo, se dieron el ósculo de paz, se despidieron en alta voz de los cristianos, y separándose un

poco, se colocaron de rodillas uno enfrente del otro, y con las manos y los ojos elevados al cielo, esperaron con intrepidez el golpe mortal. La cabeza del Padre Pedro cayó al primer golpe; pero el Padre Juan recibió tres. Al primer golpe cayó en tierra, pero tranquilamente volvió á hiucarse repitiendo dos veces el santo nombre de Jesus. Acabada la ejecucion, los cristianos derramando lágrimas, y sin ninguna consideracion humana, se arrojaron sobre los cuerpos de los mártires; los besaban, arrancaban fragmentos de sus vestidos y de sus cabellos; y recojieron las piedras, las yerbas y la tierra empapada en su sangre. El buen Leon Tanaca, catequista del Padre Juan Bautista, no le abandonó un solo instante hasta la muerte; y en seguida se acercó al cadáver, y con un lienzo procuró, cuanto le fué posible, recoger la sangre que corria en abundancia. Estaba desolado por no haber muerto con su querido Padre. Pero Dios solo le diferia esta gracia por algunos dias, como ya veremos. Los cuerpos fueron colocados en dos ataúds, y sepultados en el mismo lugar al dia siguiente, dejando guardias que los custodiasen, por temor de que los cristianos les exhumaran.

El bienaventurado Pedro de la Asuncion nació en España, en Cuerva pequeña ciudad del Arzobispado de Toledo; y ya jóven entró á un convento de franciscanos descalzos de la provincia de San José. Sus rápidos progresos en la perfeccion religiosa, fueron causa de que á poco tiempo de presbítero se le confiase el cargo importante de maestro de novicios. En este tiempo el Padre Juan, llamado el Pobre, recorria la España buscando misioneros para las lejanas regiones del Asia. El Padre Pedro de la Asuncion, deseoso de ganar almas para Jesucristo, respondió á su llamamiento, y partió de España para Manila en

las islas Filipinas en el año 1600, con cincuenta religiosos de su misma orden. De las Filipinas se embarcó para el Japon en 1601 donde fué superior del convento de Nangasaki. Era un hombre verdaderamente apostólico, elevado á un alto grado de oración y grande mortificación. Frecuentemente rehusaba tomar el alimento ordinario, por no interrumpir los trabajos de su ministerio. Despues de publicado el edicto de 1614 que desterraba á todos los religiosos, continuó, sin embargo, vestido en hábito seglar trabajando por la salud de los cristianos perseguidos, corriendo sin cesar el riesgo de morir por la fé. Por lo demas, todo su deseo era morir mártir.

El Padre Juan Bautista Machado, nombrado tambien de Tavora, descendiente de una rica é ilustre familia, nació en Terceira una de las islas Azores, cercanas á Portugal. En 1597, cuando aun no cumplía los diez y siete años de edad, entró en la Compañía de Jesus, en la ciudad de Coimbra. Y como la vocacion religiosa le habia sido inspirada por la lectura de las cartas del Japon, luego hizo vivas instancias para que le mandasen á predicar la fé en aquel país. En consecuencia, habiendo acabado sus estudios de filosofia en Goa, y los de teología en Macao, partió para el Japon donde desembarcó en 1609.

El campo de sus trabajos desde luego fueron las cortes de Méaco y de Fuximi; y despues los reinos de Cicongo y de Bugen. En ellos convirtió un gran número de idólatras, tanto con el ejemplo de sus virtudes, como con el fervor de su celo. Cuando Daifusama en su persecucion última desterró del Japon á los Padres, él fué uno de los designados para que abandonase el país; pero con sus oraciones y sus lágrimas hizo violencia al cielo, y los superiores mudando de parecer, le permitieron que permaneciera

en el Japon y le encargaron el cuidado de las islas de Goto. En fin, fué aprisionado, y esto le valió la palma del martirio. Murió á la edad de treinta y siete años, de los que pasó los veinte últimos en la Compañía de Jesus. Se refiere que tuvo el don de profecía y otras gracias sobrenaturales. (*)

CAPITULO III.

Los bienaventurados. Alfonso Navarrete sacerdote dominico; Fernando de San José, sacerdote agustino, y Leon Janaca, catequista de los Padres de la Compañía de Jesus, 1.^o de Junio de 1617.

La muerte gloriosa de los confesores que acabamos de referir, encendió un ardiente deseo del martirio en el corazon de otros dos misioneros, el Padre Alfonso Navarrete, dominicano, vicario provincial de su orden; y el Padre Fernando de San José, religioso agustino. El primero, sabiendo la impresion profunda que habia causado en los fieles de Omura la muerte de los dos mártires, creyó que resultaria un gran bien, si públicamente entraba en lucha y trabajaba, aun á riesgo de la vida, en confirmar á los cristianos en la fé, y en escitar á penitencia á los que habian caido. Comunicó su proyecto al Padre Fernando de San José, suplicándole fuese su compañero en esta bella obra. Este, que era el único de su orden que habia quedado en el Japon, se abandonó enteramente á la direccion del Padre Navarrete. Entonces para mejor conocer la voluntad de Dios, el Padre provincial se puso en oración, y se cuenta que

(*) *Historia del Japon* lib. IV, n. 3 y 4 por Bartoli.

se le vió en éxtasis, y elevado de la tierra. Concluida su oracion, ordenó al Padre Fernando que le siguiera, y los dos, no dudando de la inspiracion divina, luego dieron parte de su determinacion á sus amigos, en unas cartas llepas de piedad y de celo.

Abandonaron á Nangasaki para ir á Omura, y en la noche se detuvieron en la casa de un buen cristiano, donde se abocaron con el Padre Francisco de Morales, dominico. Allí vino á encontrarles una multitud de las cercanías y aun de Nangasaki, y ellos correspondiendo á esta manifestacion, consagraron largas horas á confesar, predicar y bautizar. Llegados al territorio de Omura, su primer cuidado fué visitar el sepulcro de los dos primeros mártires, y vestir su hábito religioso; despues se detuvieron cuatro dias en Nangoia, á causa de la multitud de fieles que ocurrían á recibir los sacramentos.

La noticia de esto pronto llegó á Omura, y el gobernador al momento mandó en tres barcas comisarios y soldados que aprehendiesen á los Padres. Aquellos llegaron á Nangoia como á las siete de la noche, y apresaron á los Padres, empero tratándoles con mucho respeto. El bienaventurado Alfonso entregó á uno de los comisarios una carta para el príncipe de Omura, en que le reprochaba su apostasia, y la muerte de los Padres Juan Bautista Machado y Pedro de la Asuncion.

Al dia siguiente, considerando los siervos de Dios que seria el último de su vida, quisieron celebrar la Santa Misa, pero se les negó esta gracia, y fueron conducidos á la playa en que debían embarcarse para Omura. Los fieles les acompañaron llorando; una multitud, á pesar de las guardias, se acercaban á ellos, les besaban la mano, les pedían su bendicion, y les cortaban pedazos de sus vestidos. Se les detu-

vo en una pequeña isla, situada bajo la fortaleza de Omura; pero un buen número de cristianos que estaban sobre las armas, se reunieron allí prontamente, entre ellos la abuela y la tia del príncipe, que quisieron confesarse con el Padre Alfonso, y guardar como una reliquia una imágen de Nuestra Señora que el Padre llevaba al cuello.

Como la afluencia crecia por instantes, los ejecutores se decidieron á decapitar á sus víctimas en una playa desierta. Se les hizo entrar en una barca con el buen Leon Tanaca, catequista del Padre Juan Bautista, que preso desde la muerte de aquel, ahora fué condenado á morir con ellos, y así los tres fueron conducidos á algunas millas mas lejos. Durante la travesía, los tres confesores dejaron ver el gozo que inundaba sus corazones, y caminaron con intrepidez al lugar del suplicio: los Padres Alfonso y Fernando llevaban la cruz en una mano, y en la otra el rosario y un cirio encendido. El Padre Fernando quiso besar el sable con que iba á ser decapitado; y como hablaba perfectamente la lengua japonesa, dió cuenta á los asistentes de los sentimientos de que estaban animados, y exhorto á los fieles que se habian mezclado entre los marineros, á que permaneciesen firmes en la fé. En seguida se hincaron los tres mártires á cierta distancia uno de otro, y sucesivamente fueron decapitados. Su gloriosa muerte tuvo lugar el dia 4.º de Junio de 1617.

Para impedir que los cristianos visitasen el sepulcro de los dos primeros mártires, el príncipe de Omura habia hecho trasportar los féretros en el barco en que venían estos otros tres. Despues de la ejecucion se abrieron; y el cuerpo del Padre Navarrete fué colocado en el féretro del Padre Machado, y el cuerpo del Padre Fernando de San José, en el del Padre Pe-

dro de la Asuncion: los cerraron inmediatamente, y aláñdoles unas piedras muy pesadas, los arrojaron á la mar, á doscientos cincuenta palmos de profundidad; en seguida envolvieron en una estera, tambien con grandes piedras, el cuerpo de Leon Tanaca, y en la misma direccion fué arrojado á la mar. Y para impedir que los cristianos fuesen á buscarlos, los ejecutores hicieron juramento de jamas revelar el lugar en que fueron sumergidos. Sin embargo, los cristianos llegaron á saberlo: mas de trescientas barcas vinieron de Nangasaki, y durante tres meses hicieron toda clase de investigaciones, pero sin resultado alguno. Solamente despues de seis meses, uno de los féretros inopinadamente se vió flotar sobre el agua; lo condujeron á la playa, y se encontraron los dos cuerpos de los Padres Pedro y Fernando sin ninguna alteracion, conservándose intactos hasta los vestidos. Estos fervorosos cristianos guardaron tan preciosas reliquias con el respeto y devocion que merecian.

Digamos algunas palabras sobre cada uno de estos mártires. El bienaventurado Alfonso de Navarrete, nació de una familia noble, en Valladolid, ó segun refiere el bienaventurado Padre Orfanel, en Logroño, pequeña ciudad de Castilla. Tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de San Pablo de Valladolid. Cuatro años despues partió para las Filipinas, donde durante muchos años se consagró á la santificacion de los indios. En seguida volvió á España en solicitud de nuevos misioneros, y en 1611 finalmente pasó de Filipinas al Japon. Este infatigable misionero, desde luego dedicó sus cuidados al través de mil peligros, á la salud de las almas, en la ciudad de Méaco, en compañía del Padre Jacinto que estaba allí de vicario: despues se reunió á los Padres Apolinario Franco, franciscano, y Fernando de San José,

agustino. En la ciudad de Nangasaki fundó y dotó dos cofradías encargadas del cuidado de los niños espósitos y de los pobres enfermos: estableció otra tercera bajo la invocacion del Nombre de Jesus, cuyo objeto era fomentar la piedad entre los fieles. Era un hombre de un ardiente celo, y de una fuerza de alma invencible. Un dia que vió á unos sacerdotes idólatras que ultrajaban á unas mujeres cristianas, y que arrojaron al fuego cruces y otros objetos piadosos, no temió reprocharles con vehemencia su conducta indigna, y se arrojó al fuego para salvar las cosas sagradas, arrostrando sus ultrajes y golpes. Tenia cerca de cincuenta y un años cuando fué decapitado en odio de la fé.

El bienaventurado Fernando de San José, de la noble familia de Ayala, nació á fines de Octubre de 1575 en Ballesteros, tierra de su familia, en el arzobispado de Toledo. Tomó el hábito de San Agustín á la edad de diez y siete años, en el convento de Mentilla, é hizo su profesion solemne el 9 de Mayo de 1594. Enviado á hacer sus estudios en Alcalá, fué allí considerado como un hombre superior. A poco enseñó la filosofia, y despues se le instó para que se encargase de un curso de teología, pero él prefirió dedicarse á la predicacion. En 1603 se embarcó para México con otros religiosos, al año siguiente pasó á las Filipinas, y en 1605 fué al Japon con el cargo de vicario provincial. Antes de la primera persecucion ya era uno de los mas laboriosos obreros de esta mision, y sus trabajos apostólicos se estendian á un gran número de reinos. Mientras que la guerra de Daifusama contra Fondeiori ponía á Oza-ca á fuego y sangre, el bienaventurado Fernando, despreciando todos los peligros, se introdujo en la plaza para emplearse en la salud de las almas: poco

arte 18
 faltó para que allí fuese ó consumido por las llamas, ó aplastado por las ruinas de una casa. Y se cuenta que habiendo sido atacado calumniosamente en su honor por un portugués, el fiel siervo de Jesucristo, fué á la casa de su enemigo, celebró en ella el Santo Sacrificio de la Misa, y le abrazó tiernamente perdonándole todas sus ofensas.

El bienaventurado Leon Tanaca era japonés y de una familia cristiana. En su infancia recibió el bautismo de mano de los Padres de la Compañía de Jesus, á cuyo servicio se consagró enteramente en el empleo de catequista.

Para que se comprehenda bien cuál era el estado de catequista en el Japon, empleo de que hablaremos con frecuencia, necesario es saber que los misioneros, para que los Japoneses estimasen mas este ministerio, habian establecido una forma solemne de consagracion para aquellos á quienes confiasen este cargo. Era una ceremonia análoga á la toma de hábito de los religiosos. Se escogian niños de diez años ó menos, aunque tambien se aceptaban jóvenes, y aun hombres de edad madura, cuando por su regularidad, su fervor, su juicio y su talento de la palabra, podian llenar útilmente las obligaciones de este empleo. La ceremonia se hacia en la Iglesia, en una de las más grandes fiestas del año, del modo siguiente: un padre misionero celebraba la Misa en presencia de todos los cristianos; despues del Evangelio, otro Padre subia al púlpito y daba á conocer toda la grandeza del ministerio divino de instruir á las almas en la fé. En seguida los nuevos catequistas se arrodillaban al pié del altar, y se les cortaba la guedeja de cabellos que los Japoneses llevan en la coronilla de la cabeza, y que les cae sobre la espalda, porque para ellos, el despojarse de esta trenza de cabellos; es una señal de que

ya no pertenecen al mundo. Acto continuo, dejaban su casa, su familia y el hábito secular, para vestir una ropa talar, poco diferente de la de los Padres. Desde entonces vivian en las casas de éstos, empleandose en la instruccion de los nuevos cristianos, y acompañando al misionero á quien especialmente estaban agregados como catequistas. Así se les probaba, y se observaba su conducta, para despues al tiempo oportuno recibirles en la órden. Los que por impedimentos invencibles no podian hacerse religiosos, podian sin embargo permanecer hasta su muerte en el estado de catequista.

Tal era el ministerio del bienaventurado Leon Tanaca. Dado por catequista al Padre Juan Bautista Machado, fué su inseparable compañero en sus viajes, en sus peligros y en su prision. Despues de haber asistido al martirio del Padre Juan Bautista, fué de nuevo llevado á la prision, donde los guardias le amarraron tan estrechamente, que el carcelero mismo aunque idólatra se indignó, y les dijo: “¿Pues qué temeis que este hombre se huya, cuando él se ha constituido prisionero voluntariamente y cuando de sea la muerte tanto como vosotros deseais la vida?” A estas palabras aflojaron un poco los lazos del paciente. Y segun las relaciones de los Padres Orfanel y Mena, rogó al verdugo, ya en el lugar del suplicio, que le decapitase á lo último, pues no se juzgaba digno de recibir este honor, antes que los dos ministros de la religion.